

VOY A CONTARTE UN CUENTO

Irene Muñoz Serrulla



Capítulo 1

Ven, siéntate, deja que te cuente una historia. Pasó hace unos cuantos meses, no muchos, pero ya es parte de mi pasado, de mi vida. Ven, deja que te cuente...

Hace aproximadamente nueve meses tomé una decisión muy importante para mí, llevaba pensándolo durante mucho tiempo, pero no me decidía a dar el paso. Sin embargo, algo cambió en mí. Poco a poco, fui dándome cuenta de que todos los motivos que me frenaban a dar el paso eran convencionalismos sociales, límites que nos vamos imponiendo sin una razón sólida. Lo hacemos a diario sin darnos cuenta. Y un día tomé la decisión, lo iba a hacer. Iba a tatuarme un trisquel en la cadera.

Siempre me ha atraído la cultura celta, y este símbolo, el símbolo del eterno aprendizaje, lo resumía todo en mi vida: por un lado, los sentidos, los límites del cuerpo y sus capacidades; por otro lado, la razón y los pensamientos; y por último, el camino que recorre el alma. Cada uno de los brazos del trisquel representa cada una de estas tres ramas de la vida. Dice la mitología celta que el trisquel tiene el poder de guiarte y conectarte con el más allá, con los seres queridos en el más allá.

Tenía un amigo tatuador, Juan. Hacía muchos años que no teníamos contacto, pero confiaba en él. Nos pusimos en contacto por medio de las redes sociales, y un par de días después estábamos hablando por teléfono. Le conté que al final me había decidido y que iba a tatuarme. Le expliqué lo que quería. Por qué lo quería. Me dijo que él no podía ayudarme. Un par de años atrás había tenido un accidente. Un tonto accidente con la bicicleta por la montaña. Fue absurdo, una caída de la bici como tantas otras a lo largo de su vida. Pero algo fue diferente. Esta vez su brazo derecho tuvo daños que los médicos no pudieron corregir. Llevaba casi dos años sin poder usar su brazo derecho ni para acariciar a sus hijos. No podía tatuar. Me dijo que le dejara hacer unas llamadas para ponerme en contacto con un tatuador amigo suyo. Le había perdido el rastro en los últimos meses, Pero seguro que lo localizaba fácilmente. En eso quedamos.

Su historia me impactó. Él era un hombre muy activo, deportista, trabajador... Pero, un tonto accidente y...

Una semana más tarde mi amigo me llamó. "Ya tengo a tu hombre", me dijo. Me contó que estaba trabajando en un estudio que acababa de abrir en Madrid. Negro Marfil se llamaba el estudio. Me dio el contacto de su amigo y me dijo que contactara con él por WhatsApp. Trabajaba mucho y era más fácil que respondiera así. Le agradecí el favor. Escribí

inmediatamente a su amigo, Yannick. Tardó en responderme tres días. Primero pensé que Juan me había dado mal el teléfono, pero la imagen del perfil de su WhatsApp me hacía pensar que el número era el correcto. Al final respondió. Directamente me daba una cita y la dirección del estudio. Dos días más tarde, allí estaba yo, llamando al timbre del estudio. Con miedo, pero con decisión.

Yannick era un chico bastante joven. La verdad es que esperaba a alguien de mi edad y de la de Juan. Me sorprendió y se dio cuenta, pero enseguida se ganó mi confianza. Y enseguida empezó a trabajar sobre el diseño, a hacerme preguntas, a contarme sus sugerencias, a enseñarme bocetos que creaba velozmente con un detalle y una calidad increíbles. Después de una hora de trabajo me dijo que ya tenía claro qué iba a tatuar en mi piel. Consultó su agenda y me dio cita para tres días después.

Cuando terminó el trabajo y pude verlo. Fue impresionante. Casi sentí vértigo. El trisquel parecía tener movimiento. Parecía hablarme. Me hablaba.

Unas cuantas noches después, algo empezó a suceder. El trisquel... cobraba vida. Y allí estaba ella, delante de mí. Sonriendo. Triste pero con una sonrisa. Pensé que el sueño me había vencido. Pero no. Comenzó a hablarme:

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? Pensé que habías muerto.

—Sí, estoy muerta. Pero estoy bien. No tienes que preocuparte. Todo es muy tranquilo.

—Pero, ¿cómo puedo estar hablando contigo?

—Tranquilízate. Es ese trisquel que te han tatuado. El tatuador es bueno. Parece que le ha dado algo más que un color impresionante.

—¿Quieres decir que...?

—Es evidente que se ha abierto una puerta entre los dos mundos. El mío, que es el más allá para ti, y el tuyo, que es el más allá para mí.

—No puede ser real. Debe tratarse de un sueño.

—Bueno. Ve a buscar a ese tatuador. Pregúntale. Quizá te aclare algo.

Al día siguiente por la mañana escribí a Yannick. Imposible. Ese contacto había desaparecido, los mensajes con él. No había nada. Busqué el

teléfono del estudio. Negro Marfil. Llamé. No podía dar crédito a lo que me dijeron. No conocían a ningún tatuador que se llamara Yannick. No tenían registrada ninguna visita mía. Y lo más sorprendente de todo, conocían a mi amigo Juan, pero... había muerto hacía un par de años en un accidente en la montaña. Tuvo una caída sufrió daños en su brazo derecho. Los médicos no pudieron hacer nada por recuperar la movilidad en ese brazo. Juan se suicidó tras darse cuenta de que sus grandes pasiones eran ya parte del pasado.

No podía ser. No tenía sentido. Yo tenía un tatuaje en mi cadera. Eso era real. Podía verlo. Mis amigos decían que era impresionante, ¡que parecía tener vida! No les conté nada de lo que me había sucedido aquella noche. No les conté que en realidad el tatuador era producto de mi imaginación y que ellos veían un tatuaje que nadie me había hecho. ¿Qué estaba pasando?

Unas cuantas noches más tarde ella volvió:

—¿Sigues pensando que soy un sueño?

—Ayúdame, por favor. Parece que nada ha ocurrido, pero yo puedo ver este tatuaje. Mis amigos pueden ver este tatuaje. ¿Qué ha pasado?

—Bueno, el tatuaje existe. Si no, yo no podría estar aquí, charlando contigo.

—¿Cómo puedo estar hablando contigo?

—Deja de preguntarte tantas cosas. Deja que te haga yo una pregunta: ¿Por qué decidiste tatuarte? Nunca quisiste hacerlo. No estaba bien visto...

—Precisamente por eso. Comprendí que la sociedad nos impone reglas que no siempre tienen una justificación coherente. ¿Cuántas personas serias y trabajadoras, como yo, llevarán tatuajes? ¿Son perores personas por eso? ¿Pasan a ser malas personas cuando la tinta penetra su piel? Me planté ante, al menos, este artificio social. Pero ahora, no sé si hice bien. ¿Qué está pasando?

—Como te he dicho, no te hagas tantas preguntas. ¿Te alegras de verme? ¿Prefieres que me marche?

—No. quédate, por favor. Nos quedó tanto por decirnos.

—Sí, es cierto. Yo era demasiado joven para morir. Pero no es algo que pudiera elegir. Solo fue un accidente. Pero estoy bien.

—Si al menos hubiera podido despedirme...

—¿Qué me habrías dicho? Ahora tienes la oportunidad. No sabes si mañana o pasado podré volver. Dímelo ahora.

No pude decir nada. No tenía palabras que expresaran el dolor que sentí cuando ella murió. A la mañana siguiente, después de una noche llena de pesadillas trágicas sobre mi propia vida, mi trisquel había desaparecido. En su lugar, una rosa negra cubría mi piel. La rosa negra, el símbolo de la despedida final.

©Irene Muñoz Serrulla